



## Capítulo 325 - Se detecta un nuevo movimiento

El mundo no era más que oscuridad.

No era la oscuridad segura que se encuentra tras los ojos cerrados, sino un peso. Una presión. El tipo de oscuridad que parecía tener manos.

En el epicentro del cuarto círculo interior, el caldero negro respiraba.

Era demasiado vasto para ser un objeto y demasiado inmóvil para estar vivo. Sus paredes curvas se elevaban como un horizonte, tragándose todo. En su interior no había suelo ni cielo, solo un mundo hueco de sombras.

En su centro flotaban siete pequeñas llamas, suspendidas en el vacío sobre la nada.

Siete luces en un universo muerto.

Cada llama ardía con un color diferente, constante e inquebrantable, deformando la oscuridad a su alrededor. Carmesí. Azul. Amatista. Jade. Marfil. Ónix.

Y oro.

La llama amatista latía débilmente, como si tuviera su propio latido. Su resplandor violeta se fundía con el negro, derramando un fino halo en el vacío. Susurros parecían enroscarse a su alrededor, hilos del destino retorciéndose y deshaciéndose en su luz.





Entonces, sin previo aviso, la llama amatista parpadeó.

Solo una vez.

El halo se encogió. La llama tembló, se estiró como una vela en un vendaval y...

Desapareció.

Sin atenuarse lentamente. Sin desvanecerse suavemente. En un momento ardía, orgullosa y viva; al siguiente, había desaparecido. Apagada tan limpiamente que parecía que nunca hubiera existido.

La oscuridad se precipitó, ávida, para tragarse la ausencia que había dejado atrás.

Delante de ese lugar vacío, donde siempre había caído la luz amatista, se sentaba una sombra.

Tenía una silueta humana, pero llamarla «persona» era generoso. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la nada, con un manto sobre los hombros que se negaban a reflejar la luz. La oscuridad a su alrededor era más espesa allí, más densa, como si ni siquiera el vacío quisiera tocarla.

Durante un largo y angustioso momento, la sombra no se movió.

Entonces abrió los ojos de golpe.





Dos líneas de luz fría atravesaron la oscuridad, con pupilas como abismos condensados. No brillaban con ningún color. Se lo comían todo. La luz entraba y no volvía. Cuando esos ojos se abrieron, incluso las seis llamas restantes parecieron encogerse.

La mirada se fijó en el lugar donde antes había estado la llama amatista.

En el frío codificado del círculo interior, una voz rompió el silencio.

No resonó. No era necesario. Simplemente apareció, entretejiéndose en el aire, en la piedra que no estaba allí, en los huesos de cualquier cosa lo suficientemente desafortunada como para existir cerca. Demasiado suave para ser claramente masculina, demasiado áspera para ser claramente femenina.

«... ¿Aelric ha desaparecido?».

La última palabra se arrastró, como una garra sobre la piedra.

Dos sombras más salieron de la oscuridad detrás de la que estaba sentada, como si la oscuridad hubiera decidido crear cuerpos y dejarlos caminar.

Una sangraba un rojo tenue, un tenue resplandor de sangre que se filtraba por su contorno como humo. La otra brillaba con una pálida luz blanca, limpia y fría como la luz de la luna invernal sobre una espada. Sus formas eran borrosas, bocetos inacabados a la espera de detalles.

Se detuvieron tres pasos detrás de la sombra sentada y se arrodillaron.





—Señor... —La que brillaba con luz roja se inclinó, con voz baja, vibrando con una violencia apenas contenida.

La que brillaba con luz blanca la siguió, con un tono más tranquilo, pero igual de reverente. —¿Sus órdenes, mi señor?

La sombra sentada permaneció en silencio.

Las seis llamas restantes flotaban frente a ella, con colores cambiantes, y el zumbido del destino flotando en el fondo como cuerdas lejanas. El espacio vacío donde debía estar la llama amatista se sentía extraño. Un diente perdido en una sonrisa perfecta. Un nervio arrancado.

Cuando finalmente volvió a hablar, su voz se había agudizado.

—Sentí el poder del vacío.

El aire tembló con esa palabra. Las dos sombras arrodilladas se tensaron como si las hubieran golpeado.

«Alguien», continuó la sombra, pronunciando cada sílaba con precisión, «intentó impedir mi ascenso. Para hacerse con el control del destino de este mundo».

Las seis llamas se encendieron, débiles pero unificadas, al oír la palabra «destino».

La figura levantó la mano derecha.





Desde la oscuridad, un bastón se deslizó hasta su palma, sin aparecer, sino revelándose, como si siempre hubiera estado allí, esperando a ser descubierto.

El bastón era completamente negro, con líneas finas como cabellos de un plateado tenue que lo recorrían como venas vivas. En su extremo colgaba un pequeño anillo agrietado que no debería haber reflejado la luz.

Dentro del anillo, algo más oscuro que el vacío giraba lentamente.

La sombra sentada apretó el puño.

«Encuentra a mi marioneta», dijo, bajando la voz, con la última palabra empapada de desprecio. «Encuentra dónde desapareció».

El resplandor de la sombra roja se agitó.

«Como ordenéis», respondió, con la cabeza aún inclinada.

El blanco habló justo después, con voz clara y controlada. «Rastreadremos los restos de su huella, mi señor».

El bastón se levantó cuando la figura sentada se enderezó por primera vez, elevando su presencia, no su cuerpo. La autoridad se extendió hacia fuera, haciendo que se cerniera sobre las llamas, sobre el caldero, sobre la propia idea de este lugar.

Las dos sombras arrodilladas sintieron el cambio y se inclinaron aún más.

Entonces sus formas se desvanecieron.



El resplandor rojo se desintegró en finos hilos carmesí, que se dispararon hacia fuera y desaparecieron a través de finas grietas en la oscuridad.

El resplandor blanco se fracturó en pálidas líneas que se entrelazaron en el vacío y se deslizaron en una dirección diferente.

En un instante, ambos habían desaparecido.

Solo quedó la figura sentada con las seis llamas supervivientes, el caldero negro y la oscuridad aplastante.

Algo se había puesto en marcha. Lejos, más allá de este mundo hueco, débiles ecos de su partida corrían hacia un lugar distante.

Hacia una academia.

Hacia las huellas de energía dejadas por un sujeto de prueba que alteraba el destino, escondido allí, plantado como una semilla.

Para cultivar puntos de destino.

La sombra sentada bajó el bastón una fracción. Una onda se extendió desde la punta, sutil pero absoluta, como una piedra caída al agua que solo existía cuando se perturbaba. La realidad se dobló.

Una ventana rectangular de luz se abrió de golpe en el aire.





El resplandor era duro y artificial, azul-blanco y clínico, fuera de lugar aquí, entre calderos y oscuridad ancestral.

El texto flotaba en su interior. Limpio. Despiadado. Atravesando la atmósfera opresiva.

[ Uno de los Hijos del Cielo rompió la trama ]

[ Una variable ha interferido en la trama principal ]

[ Identidad: Zhao Tianlong ]

[ Se ha detectado que el objetivo es un jugador ]

[ Se ha encontrado un sistema en el objetivo ]

El silencio se mantuvo durante un instante.

Entonces, en la mente de la sombra, surgió un pensamiento. Frío. Sutil. Rodeado de incredulidad y algo que se parecía mucho a la emoción.

«... ¿Un sistema?».

Sus labios se separaron.

Al principio, solo fue una ligera curvatura, una grieta en el negro sin rasgos. Luego, la expresión se amplió, estirándose de forma extraña, hasta que una amplia sonrisa se dibujó en ese rostro borroso. No debería haber habido dientes, pero la sugerencia era clara: afilados, blancos, hambrientos.



Un sonido brotó de su pecho.

Estalló en una carcajada que rompió el silencio del caldero, resonando en un lugar donde nada debería resonar. El sonido rebotó en paredes invisibles, se retorció y volvió en capas, como un coro de locos riéndose al unísono.

«Por fin», se rió la sombra, con la voz temblorosa por una emoción que no había sentido en mucho tiempo. «Alguien con quien vale la pena jugar».

La sonrisa se prolongó.

«Sistema».

La palabra no se pronunció. Se disparó como una orden en la columna vertebral del mundo.



La ventana parpadeó.

[Administrador reconocido].

[ A la espera de instrucciones. ]

El texto pareció prepararse.

La sombra se inclinó, apretando los dedos alrededor del bastón negro.



«Cambia el cuerpo», dijo, con cada palabra cargada de ansia. «Envíame al de amatista. Ahora».

El sistema no dudó.

[ Localizando portador amatista... ]

[ Quinto círculo interior confirmado. ]

[ Iniciando protocolo de transferencia de conciencia. ]

El caldero se estremeció una vez.

Entonces, el mundo se rompió.

La visión de la sombra se desvió hacia un lado, como si la realidad hubiera sido agarrada y retorcida. La oscuridad del cuarto círculo interior se estiró, se desprendió y algo tiró de su conciencia a través del desgarró.

No había sensación de distancia.

Solo un chasquido.

La oscuridad se tiñó de color.

La luz golpeó su vista: dorado, carmesí, violeta intenso. Las formas se difuminaron y luego, a regañadientes, se recomponían.





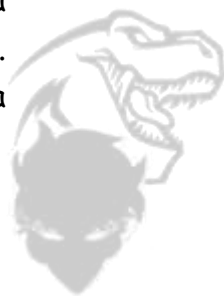
El aire era diferente.

El frío mortal del caldero había desaparecido. Aquí, la atmósfera era cálida, densa de aroma. El leve olor a incienso. El sabor metálico del agua rica en espíritus. Aceites dulces y empalagosos y flores que no crecían bajo ningún sol honesto.

Cuando la vista de la sombra se aclaró, ya no estaba mirando las llamas flotantes.

Una sala del trono se extendía ante ella.

Los techos altos se arqueaban sobre su cabeza, la piedra estaba entretejida con runas de amatista que brillaban débilmente y latían como un corazón lento. Pilares negros se alineaban en la sala, cada uno envuelto en una niebla violeta que se arrastraba y se aferraba como algo casi vivo.



En el centro, hundida en el suelo de mármol, yacía una enorme bañera.

El vapor se elevaba en ondas lentas y perezosas, captando la tenue luz y volviéndolo todo brumoso. Pétalos rojos y morados flotaban en la superficie, girando en pequeños círculos hipnóticos alrededor de la figura recostada en el centro.

Una mujer estaba sentada desnuda en esa enorme bañera.

La mayor parte de su cuerpo estaba oculto bajo el agua lechosa y empapada de alcohol, pero lo que se veía era suficiente. Poder, como una segunda piel.



Su cabello, largo y negro, se extendía alrededor de sus hombros en pesadas ondas húmedas, espesas como una melena. Cuando inclinaba la cabeza, se le pegaba y se movía como una tigresa sacudiéndose la lluvia. El agua trazaba las líneas de su clavícula, deslizándose sobre la pálida piel que captaba el resplandor violeta.

No se mostraba modesta en absoluto. Tenía un brazo apoyado en el borde de la bañera y jugaba perezosamente con un pétalo flotante. Los músculos de su antebrazo se flexionaban con fuerza indolente.

La tinta se enroscaba a lo largo de la parte superior de sus pechos, un tatuaje oscuro que comenzaba cerca de la clavícula y se curvaba hacia abajo, con la cola desapareciendo en el valle sombreado de su escote.

Alrededor de la bañera, las criadas se movían con un silencio ritual.

Estaban completamente vestidas, con la cabeza gacha, vertiendo jarras frescas de líquido humeante en la bañera, ajustando toallas, colocando bandejas con botellas de jade y sedas dobladas. Ninguna de ellas se atrevía a mirar a los ojos a la mujer. Incluso su respiración sonaba cautelosa.



La conciencia de la sombra se asentó, anclada ahora en este quinto círculo interior.

Su atención se desplazó.

La mujer en la bañera descansaba como si el trono ya le perteneciera, incluso de espaldas a él.

La sombra recorrió la habitación de un solo vistazo y luego se fijó en ella.



—Matriarca Margarete... —Su voz se deslizó en la sala, no muy alta, pero imposible de ignorar, atravesando el vapor y el murmullo del agua—. Quiero que pongas a prueba a un hombre.

Las sirvientas se quedaron paralizadas.

Por un momento, solo se movieron las suaves ondas del baño.

La mujer no se sobresaltó. Inclino ligeramente la cabeza, como si escuchara un trueno lejano. Luego se recostó, exponiendo más su garganta al aire cálido, y levanto los ojos hacia el punto invisible de donde provenía la voz.

Desenfadada. Aburrida. Como si este tipo de intrusión se hubiera convertido en una rutina hacía mucho tiempo.

Arqueó una ceja. La comisura de su boca se crispó, formando una sonrisa burlona como si tuviera todo el tiempo del mundo.

«... ¿Probar?».

